

# EL BAUTISMO, PUERTA DE LA VIDA CRISTIANA

## (II)

El bautismo, instituido por Jesucristo para que los hombres de todos los tiempos pudieran recibir los méritos de su Pasión y Muerte, y reconciliarse con Dios, es el sacramento que inicia la vida cristiana infundiendo en el alma la gracia, las virtudes y los dones sobrenaturales para conocer, amar y cumplir la Voluntad divina.

*En el bautismo somos iluminados y nos convertimos en hijos adoptivos de Dios. Siendo hijos alcanzamos la perfección, y en la perfección la inmortalidad. La obra que se cumple en el bautismo tiene por esto diversos nombres: gracia, iluminación, perfección, lavado. Lavado, porque echa lejos de nosotros nuestros pecados; gracia, porque cancela la pena debida por nuestras culpas; iluminación, porque entonces vemos aquella luz santa y saludable que es Dios; perfección, en fin, porque con El ya no nos falta nada. ¿Qué más podría desear quien conoce a Dios? <sup>1</sup>.*

### LOS EFECTOS DEL BAUTISMO: EL CARÁCTER

*En el bautismo, Nuestro Padre Dios ha tomado posesión de nuestras vidas, nos ha incorporado a la de Cristo y nos ha enviado*

---

(1) Clemente de Alejandría, *Paedag.* I, 6:

*el Espíritu Santo*<sup>2</sup>. El bautismo es un encuentro personal con Jesucristo, que al perdonarnos el pecado original, y si los hay, todos los pecados personales, nos introduce, por la gracia, en la intimidad divina, y nos hace miembros de su Cuerpo Místico, la Iglesia. Es un don inmerecido, que configura al bautizado, por la primera gracia, con la imagen de Cristo.

Este primer sacramento *imprime carácter*, es decir, un sello o marca espiritual indeleblemente impreso en el alma<sup>3</sup>. Aunque el bautizado se aparte después de Dios por sus pecados, en su alma queda —aún sin la gracia santificante— la marca de que ya había sido rescatado por Cristo, hecho cristiano, miembro de la Iglesia, y por eso puede acudir a Ella para volver a la unión con Dios. Por imprimir este carácter, el bautismo no puede repetirse<sup>4</sup>: quien ya ha sido rescatado una vez de aquella *masa de condenación* de los que viven con el pecado de origen, no puede ser de nuevo rescatado; quien ha sido incorporado ya a la Iglesia, no puede volver a entrar por primera vez en Ella.

Por el bautismo y el carácter de cristiano que imprime en el alma, el bautizado queda constituido en la condición de fiel cristiano, y recibe, y es capaz de oír, la llamada a la santidad, junto con los medios espirituales suficientes para desarrollar la vida de Cristo en sus circunstancias personales. Esa marca espiritual indeleble es el fundamento último de la radical igualdad de todos los cristianos en el seno del Cuerpo Místico de Cristo: *no hay cristianos de segunda categoría, obligados a poner en práctica sólo una versión rebajada del Evangelio* —escribe el Padre—: *todos hemos recibido el mismo bautismo y, si bien existe una amplia diversidad de carismas y de situaciones humanas, uno mismo es el Espíritu que distribuye los dones divinos, una misma fe, una misma esperanza, una misma caridad (cfr. I Cor. XII, 4-6; y XIII, 1-13)*<sup>5</sup>. *Todos los fieles, incorporados a Cristo por el bautismo, están llamados a buscar la plenitud de vida cristiana*<sup>6</sup>.

(2) Homilía *El Gran Desconocido*;

(3) Cfr. Inocencio III, ep. *Maiores Ecclesiae causas*, año 1201, D. 411 (781); Urbano VIII, *Decreto del Santo Oficio*, 23-VII-1639 (D. 1998); Benedicto XIV, breve *Singulari nobis*, 9-II-1749 (D. 2566); C.I.C., can. 732;

(4) Cfr. Papa Siricio, ep. *Directa ad decessorem*, 10-II-385, D. 88 (183); San León I Magno, ep. *Regressus ad nos*, 21-III-458 (D. 316); ep. *Frequenter quidem*, 24-X-458 (D. 319 ss); San Gregorio II, ep. *Desiderabilem mihi*, 22-XI-726, D. 296 a (580);

Nicolás I, *Respuesta a los Búlgaros*, 13-XI-866, D. 334 a (644); Concilio IV de Letrán, cap. 4, D. 435 (810); Concilio II de Lyon, *Profesión de fe de Miguel Paleólogo*, D. 464 (855); Clemente VI, ep. *Super quibusdam*, 29-IX-1351, D. 574 a (1081); Concilio de Trento, decr. *De sacramentis*, can. 11 de sacr. bapt., D. 867 (1624); decr. *De poenitentia*, cap. 1, D. 894 (1670); *Ordo Baptismi Parvulorum, De init. christ.*, n. 4;

(5) Homilía *El Gran Desconocido*;

(6) Carta *Sincerus est*, 11-III-1940, n. 25;



Una vez bautizado, nadie puede desentenderse de esta exigencia de santidad. *Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos, y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina, y por lo mismo realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron*<sup>7</sup>.

Para alcanzar esa meta a la que Dios llama, el carácter bautismal hace partícipe al hombre del oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo, otorgándole el derecho y el deber de ofrecer a Dios sacrificios espirituales y de tomar parte en el sacrificio eucarístico, de enseñar a los demás el camino de la salvación con su labor apostólica, y de contribuir a la santificación de todas las realidades temporales. *El apóstol es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo, que le hace idóneo para guiar los hombres hacia Dios, enseñarles la verdad del Evangelio, y corredimirlos con su oración y su expiación*<sup>8</sup>.

#### LOS EFECTOS DEL BAUTISMO: LA GRACIA

La gracia del bautismo se llama *primera* porque reviste el alma por primera vez, ya que antes de ser bautizado el hombre se halla enemistado con Dios a causa del pecado de origen. Por esta razón se dice que el bautismo es *sacramento de muertos* —igual que la penitencia—, a diferencia de los demás sacramentos, llamados *de vivos* porque —para ser recibidos— presuponen necesariamente la vida sobrenatural en el alma.

Junto a la gracia habitual o santificante, el bautismo concede —como los restantes sacramentos— una gracia sacramental específica, necesaria para que el bautizado viva dignamente su nueva existencia. Los sacramentos configuran con Cristo a quienes los reciben, de un modo peculiar y característico en cada uno de ellos. El Señor proporciona así —por la gracia sacramental— el auxilio sobrenatural conve-

(7) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 40;

(8) Carta *Res omnes*, 9-I-1932, n. 86;

niente para que en cada situación podamos comportarnos como hijos suyos, poniendo en práctica todas las exigencias derivadas de la vida cristiana.

El bautismo configura al hombre con Cristo muerto y resucitado: *¿no sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Jesucristo fuimos bautizados en su muerte? En efecto, por el bautismo hemos sido sepultados con El muriendo al pecado, a fin de que así como Cristo resucitó de muerte a vida para gloria del Padre, así también procedamos nosotros con nuevo tenor de vida*<sup>9</sup>. Y el Concilio Vaticano II afirma: *por el sacramento del bautismo debidamente administrado según la institución del Señor y recibido con la requerida disposición del alma, el hombre se incorpora realmente a Cristo crucificado y glorioso y se regenera para el consorcio de la vida divina, según las palabras del Apóstol: con El fuisteis sepultados en el bautismo, y en El, asimismo, fuisteis resucitados por la fe en el poder de Dios, que lo resucitó de entre los muertos*<sup>10-11</sup>.

Las consecuencias prácticas de esta identificación mística con Cristo, obrada en el bautismo, son innumerables y decisivas. *Los cristianos —nosotros, hijas e hijos míos— hemos de imitar a Cristo, ser alter Christus*<sup>12</sup>. *A todos Dios nos pide tener en nuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Cristo en el suyo (cfr. Philip. II, 5)... A todos, a sacerdotes y a seglares, se nos ofrece y se nos exige por igual que, en cualquier circunstancia —también en medio del mundo—, seamos almas contemplativas y nos identifiquemos con Cristo (cfr. Galat. IV, 19). De tal modo, seguiremos al Señor, nos revestiremos de El (cfr. Galat. III, 27) y viviremos su vida, pudiendo decir con el Apóstol: vivo autem, iam non ego: vivit vero in me Christus (Galat. II, 20). Y entonces, cada uno de nosotros, como buen cristiano, no es ya alter Christus, sino ipse Christus*<sup>13</sup>.

Esta doble incorporación —a Cristo y a la Iglesia—, es la raíz última de la gran transformación que experimenta la vida de un cristiano. *Los fieles, incorporados a la Iglesia por el bautismo, quedan des-*

(9) Rom. VI, 3-4;

(10) Colos. II, 12;

(11) Concilio Vaticano II, decr. *Unitatis redintegratio*, n. 22; Cfr. *Ordo Baptismi*

*Parvulorum, De init. christ.*, n. 6;

(12) Carta *Vos autem*, 16-VII-1933, n. 16;

(13) Carta *Sacerdotes iam*, 2-II-1945, n. 6;



tinados por el carácter al culto de la religión cristiana; y, regenerados como hijos de Dios, están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios mediante la Iglesia<sup>14</sup>.

De esta incorporación a Cristo y a la Iglesia proceden todas las manifestaciones en que se expresa la vida cristiana.

#### VIDA NUEVA EN CRISTO

El mismo rito bautismal indica ya que la configuración con Cristo obrada en este sacramento es a modo de regeneración espiritual, como enseñaba el Señor a Nicodemo<sup>15</sup>: un verdadero nacimiento sobrenatural que hace del hombre una nueva criatura<sup>16</sup>. Esta regeneración en el Espíritu es el fundamento de la filiación divina: *por el bautismo, los hombres son injertados en el misterio pascual de Cristo, mueren con El, son sepultados con El y resucitan con El; reciben el espíritu de adopción de hijos, por el que clamamos: ¡Abba!, ¡Padre!*<sup>17</sup>, y *se convierten en los verdaderos adoradores que busca el Padre*<sup>18</sup>.

Hasta este punto llega el amor de Dios: hasta introducirnos en la intimidad de su vida, haciéndonos hermanos de Cristo, miembros de su Cuerpo Místico e hijos adoptivos, destinados a gozar plenamente en la gloria de esa unión que nos diviniza y llena de felicidad.

La adopción divina —nueva relación a Dios del hombre en gracia— lleva consigo la justificación del pecador. El bautismo aniquila todo lo que era pecado en el alma, e infunde la gracia, de manera que el hombre *se convierte de injusto en justo, y de enemigo en amigo, para ser heredero según la esperanza de la vida eterna*<sup>19</sup>. La razón teológica de estos maravillosos efectos es clara: *al ser incorporados a la pasión y muerte de Cristo por el bautismo..., a todo bautizado se le aplican los méritos redentores de la pasión de Cristo como si él mismo hubiese padecido y muerto*<sup>20</sup>. Y puesto que la muerte de Cristo tiene un efecto universal, que alcanza a todo pecado y a toda pena, en el bautismo se

(14) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11;

(15) Cfr. *Ioann.* III, 5;

(16) Cfr. Inocencio I, ep. *Inter ceteras*, 27-1-417 (D. 219); *Indiculus*, año 431, D. 130 (239); Concilio de Florencia, bula *Exultate Deo*, D. 695 (1311); Concilio de Trento, decr. *De poenitentia*, cap. 2, D.

895 (1672);

(17) *Rom.* VIII, 15;

(18) Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 6; Cfr. *Ordo Baptismi Parvulorum*, *De init. christ.*, n. 5;

(19) Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 7, D. 799 (1528);

(20) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 69, a. 2;

perdonan el pecado original y todos los pecados personales<sup>21</sup>, así como todo el castigo temporal y eterno debido por los pecados. *Por esta razón —amonesta la Iglesia— no ha de imponerse a los bautizados satisfacción alguna por los pecados pasados, sino que, si mueren antes de cometer culpa alguna, llegan inmediatamente al reino de los cielos y a la visión de Dios*<sup>22</sup>.

Simultáneamente, la configuración con Cristo resucitado —significada en la emersión del agua bautismal— indica que la gracia divina, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo se han asentado en el bautizado, transformándole y santificándole<sup>23</sup>. *El alma se endiosa: ¡su vida nueva contrasta tanto con la de antes, y con la que a su alrededor encuentra tantas veces! La fe nos dice que un alma en estado de gracia es verdaderamente un alma divinizada: nos ha dado Dios las grandes y preciosas gracias que había prometido, para haceros por medio de ellas partícipes de la naturaleza divina (II Petr. I, 4). Este concepto teológico del hombre dista del concepto puramente humano y natural, casi tanto como dista Dios de la humanidad*<sup>24</sup>, porque el alma se ha hecho —por obra de la gracia bautismal— templo de la Trinidad Beatísima<sup>25</sup>.

*Por el bautismo —se lee en un antiguo documento cristiano— hemos sido renovados, creados otra vez desde el principio. Por lo cual, Dios habita verdaderamente en nosotros, en la morada de nuestro corazón. ¿De qué manera? Con su palabra, que es objeto de nuestra fe; con el llamamiento de sus promesas; con la sabiduría de sus consejos; con los mandamientos de su doctrina. El mismo profetiza en nosotros, abriéndonos la boca para la oración; mora en persona dentro de nos-*

(21) Cfr. Concilio I de Constantinopla, *Symb. nic.-const.*, D. 86 (150); Concilio XVI de Cartago, año 418, can. 2, D. 102 (223); Papa Zósimo, ep. *Tractoria*, año 418, D. 109 a (231); *Indiculus*, año 431, cap. 1 y 9, D. 130 y 140 (239 y 247); San León I Magno, ep. *Sollicitudinis quidem*, 11-VI-452, D. 146 (308); Concilio XVI de Toledo, año 693 (D. 575); Concilio Romano, año 862, D. 329 (637); San León IX, ep. *Congratulamur vehementer*, 13-IV-1053, D. 348 (685); Inocencio III, ep. *Maiores Ecclesiae causas*, año 1201, D. 410 (780); ep. *Eius exemplo*, 18-XII-1208, D. 424 (794); Clemente VI, ep. *Super quibusdam*, 29-IX-1351, D. 574 a (1076); Concilio de Florencia, bula *Exsultate Deo*, D. 696 (1316); Concilio de Trento,

decr. *De peccato originali*, can. 4-5, D. 791-792 (1514-1515); decr. *De poenitentia*, cap. 2, D. 895 (1672);

(22) Concilio de Florencia, bula *Exsultate Deo*, D. 696 (1316); Cfr. Benedicto XII, const. *Benedictus Deus*, 29-I-1336, D. 530 (1000); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 14, D. 696 (1543);

(23) Cfr. San Esteban I, *Carta a los obispos de Asia Menor*, año 256, D. 47 (111); Inocencio III, ep. *Maiores Ecclesiae causas*, año 1201, D. 410 (780); Concilio de Vienne, const. *Fidei cath.*, D. 483 (904); Benedicto XIV, breve *Singulari nos*, 9-II-1749 (D. 2567);

(24) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 3;

(25) Cfr. I Cor. III, 16; II Cor. VI, 16; Rom. VIII, 11; Ioann. XIV, 17;



otros y con la gracia del arrepentimiento nos introduce —a quienes estábamos esclavizados por la muerte— en un templo incorruptible <sup>26</sup>.

A pesar de los bienes tan grandes que revisten al bautizado, permanecen sin embargo en la naturaleza humana aquellas consecuencias de la caída original que, si bien proceden de ese pecado, no tienen en sí mismas razón de pecado. El bautizado sigue, pues, sujeto al error, a la concupiscencia y a la muerte. *Ahora bien, como la concupiscencia ha sido dejada para el combate, no puede dañar a los que no la consienten y virilmente la resisten por la gracia de Jesucristo* <sup>27</sup>. Además, el bautismo da derecho —porque Dios, en su misericordia, así lo ha querido— a los auxilios necesarios de la gracia actual para vencer las tentaciones y perseverar en el bien, aunque se requiere también necesariamente la libre cooperación humana <sup>28</sup>.

El lavado bautismal ha sembrado en el hombre la semilla de una renovación gloriosa con la que alcanzará aquella perfecta sujeción, del cuerpo al alma y de todo el hombre a Dios, de que gozaba antes de la caída original. Aunque nadie puede escapar de la ley de la muerte, *también en el cuerpo, por influjo del alma en gracia, redunda esa divinización, como un anticipo de la resurrección gloriosa* <sup>29</sup>. Al final de los tiempos se completarán los efectos del bautismo, con la redención y resurrección para la gloria también del cuerpo: *porque es necesario —exclama San Pablo— que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad* <sup>30</sup>. *La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado* <sup>31</sup>, *será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado* <sup>32</sup>.

La perseverancia final, sin embargo, es un don que no se recibe con la gracia del bautismo: se requiere el ulterior auxilio de Dios, que debemos pedir humilde y confiadamente <sup>33</sup>, y la cooperación personal de cada uno mediante la práctica de las buenas obras y la obediencia

(26) *Epistola de Bernabé*, 16, 9;

(27) Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 5, D. 792 (1515);

(28) Cfr. *Indiculus*, año 431, D. 132 (241); Concilio II de Orange, año 529, D. 200 (397);

(29) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 3;

(30) 1 *Cor.* XV, 53; Cfr. *Rom.* VIII, 23;

(31) Cfr. *Sap.* I, 13; II, 23-24; *Rom.* V, 21; VI, 23; *Iacob.* I, 15;

(32) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 18;

(33) Cfr. Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 13, D. 806 (1541);

a los mandamientos de Dios y de la Iglesia<sup>34</sup>. Hasta que llegue ese momento, *urgen al cristiano la necesidad y el deber de luchar con muchas tribulaciones contra el demonio, y de padecer la muerte. Pero, asociado al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo y corroborado por la esperanza, llegará a la resurrección*<sup>35-36</sup>.

## EL BAUTISMO DE LOS NIÑOS

Sólo a través del bautismo logra el hombre unirse a Cristo, a su muerte y a su gloriosa resurrección, otorgando al alma la vida cristiana. Es un sacramento absolutamente necesario para la salvación, y por eso la Iglesia observó desde el principio la práctica de bautizar a los niños recién nacidos<sup>37</sup>.

*La Iglesia ha recibido de los Apóstoles el uso de administrar el bautismo también a los niños. Conociendo los misterios divinos, los Apóstoles sabían, en efecto, que todos los hombres nacen con la mancha del pecado, que sólo puede limpiarse por medio del agua y del Espíritu Santo*<sup>38</sup>. Ninguna persona humana viene al mundo libre del pecado original: sólo la Virgen Santísima, por especial privilegio de Dios omnipotente, fue preservada inmune de toda mancha desde el primer instante de su concepción<sup>39</sup>; todas las demás nacen siendo *hijos de ira*<sup>40</sup>: *mira que he nacido en culpa, y en pecado me concibió mi madre*<sup>41</sup>. Por eso pertenece a la regla de la fe que incluso los niños pequeños, que todavía no pudieron cometer ningún pecado por sí mismos, son verdaderamente bautizados para la remisión de los pecados, a fin de que por la regeneración se limpie en ellos lo que por la generación contrajeron<sup>42</sup>.

Una persona que carece del uso de razón es incapaz de discernir

(34) Cfr. Concilio de Trento, decr. *De sacramentis*, can. 7-9 de sacr. bapt., D. 863-865 (1620-1622);

(35) Cfr. *Philip.* III, 10; *Rom.* VIII, 17;

(36) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 22;

(37) Cfr. *Act.* XVI, 15 y 33; *I Cor.* I, 16; Papa Siricio, ep. *Directa ad decessorem*, 10-11-385 (D.184); Inocencio I, ep. *Inter ceteras*, 27-1-417 (D. 219); Concilio XVI de Cartago, año 418, can. 2, D. 102 (223); Concilio II de Letrán, can. 23, D. 367 (718); Inocencio III, ep. *Maiores Ecclesiae causas*, año 1201, D. 410 (780); ep. *Eius exemplo*, 18-XII-1208, D. 424 (794); Concilio IV de Letrán, const. *De fide cath.*, D. 430 (802); Concilio de

Vienne, const. *Fidei cath.*, D. 482 (903); Concilio de Florencia, bula *Cantate Domino*, D. 712 (1349); Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 4, D. 791 (1514); decr. *De sacramentis*, can. 12-14 de sacr. bapt., D. 868-870 (1625-1627); *Ordo Baptismi Parvulorum*, *De bapt. parv.*, n. 2;

(38) Orígenes, *In Rom. comm.* 5, 9;

(39) Cfr. Pío IX, bula *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854, D. 1641 (2803);

(40) Cfr. *Ephes.* II, 3;

(41) *Ps.* L, 7;

(42) Concilio XVI de Cartago, año 418, can. 2, D. 102 (223); Cfr. Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 4, D. 791 (1514);



entre el bien y mal; no puede conocer la Voluntad de Dios, ni, por tanto, obrar según los dictados de la ley divina; no es capaz de dolerse del pecado ni de desear la gracia. Y, *sin embargo, el estado de gracia en el momento de la muerte es absolutamente necesario para la salvación* <sup>43</sup>. Sólo el bautismo puede abrir las puertas del Cielo a los que aún no han alcanzado el uso de razón. Por eso exhorta maternalmente la Iglesia a que *no se difiera el sagrado bautismo a los niños por espacio de cuarenta o de ochenta días, o de cualquier otro tiempo, según hacen algunos; sino que ha de conferírseles tan pronto como pueda hacerse cómodamente, ya que no se les puede socorrer con otro remedio que con el bautismo, por el que son librados del demonio y adoptados como hijos de Dios* <sup>44</sup>. También recomienda vivamente a los párrocos y predicadores que *amonesten frecuentemente a los fieles acerca de esta grave obligación* <sup>45</sup>. Los padres cristianos, sobre todo, tienen la gran responsabilidad de llevar a bautizar a sus hijos cuanto antes, hasta el punto de que la despreocupación o un retraso excesivo en la administración del bautismo a un niño puede constituir pecado grave <sup>46</sup>.

En el bautismo de los niños, la fe necesaria para recibir fructuosamente el sacramento es prestada por la Iglesia, que como Madre deseosa de alcanzar a todos sus hijos la salvación, profesa en su lugar —cuando ellos no pueden hacerlo por sí mismos— las verdades fundamentales del Credo <sup>47</sup>.

La práctica de bautizar a los recién nacidos supone el reconocimiento de un derecho fundamental que Dios otorga a todos los hombres: recibir de la Iglesia los medios de salvación. Como el niño no puede aún reclamarlo por sí mismo, deben ejercitarlo en su nombre los padres o quienes tengan la patria potestad. Esta manera de obrar no supone un atentado contra la libertad del niño —sería un contrasentido, pues al negarle el bautismo también se dispondría de una voluntad ajena—, de manera análoga a como no se atenta contra su libertad cuando se le da la vida natural sin su consentimiento, o cuando se le educa, alimenta o cura sin contar con su voluntad.

(43) Pío XII, *Discurso a las comadronas*, 29-X-1951;

(44) Concilio de Florencia, bula *Cantate Domino*, D. 712 (1349);

(45) *C.I.C.*, can. 770;

(46) Cfr. *Catecismo de San Pío V*, parte II, cap. II, n. 34; *Catecismo Mayor de San Pío X*, parte IV, cap. II, n. 564;

(47) Cfr. Concilio de Trento, decr. *De sacramentis*, can. 13 de sacr. bapt., D. 869 (1626). Este es el significado de la institución de los padrinos, que prestan el consentimiento y manifiestan la fe en nombre del niño, y han de cuidar junto con los padres de que sea educado en la religión católica.

La validez y efectos del bautismo de los niños no quedan condicionados por el posterior ejercicio de la libertad, una vez que se llega al uso de razón<sup>48</sup>, ni requieren necesariamente el uso actual de la libertad cuando el bautizado carece de esta posibilidad. Será la gracia recibida en el bautismo la que actuará —si la persona no pone obstáculos— cuando el uso de la libertad sea posible.

#### ESTADO DE LOS NIÑOS MUERTOS SIN BAUTIZAR

La Iglesia no ha definido en qué consiste exactamente el estado eterno de los niños que mueren antes del uso de razón, sin haber recibido el bautismo. Sin embargo, es doctrina católica que esas criaturas —por ser incapaces de hacer un acto de contrición perfecta que les abra las puertas del Cielo— no gozan de la visión beatífica: *las almas de aquéllos que mueren en pecado mortal o sólo con el original, descenden inmediatamente al infierno para ser castigadas con penas desiguales*<sup>49</sup>. Es seguro, por tanto, que no gozan de la visión de Dios<sup>50</sup>, aunque —no habiendo cometido pecados personales— su castigo no es igual al de los condenados, que se apartaron voluntariamente de Dios: *el pecado es doble: original y actual. Original es el que contrae sin consentimiento; actual el que se comete con consentimiento... La pena del pecado original es la carencia de la visión de Dios; la pena del pecado actual es el tormento del infierno eterno*<sup>51</sup>.

Según la opinión común de los teólogos, firmemente fundamentada en el Magisterio de la Iglesia, las almas de los niños muertos sin bautizar irían a un lugar especial, el *limbo*, distinto del infierno de los condenados, donde —no gozando de la visión divina— no sufrirían la pena de sentido, sino que disfrutarían de una felicidad natural que satisfaría las exigencias de la justicia y de la misericordia divinas<sup>52</sup>. *Estas almas que tengan sólo el pecado original, no remitido por el bautismo, pade-*

(48) Cfr. Concilio de Trento, decr. *De sacramentis*, can. 13-14 de sacr. bapt., D. 869-870 (1626-1627);

(49) Concilio II de Lyon, *Profesión de fe* de Miguel Paleólogo, D. 464 (858); Cfr. Papa Siricio, ep. *Directa ad decessorem*, 10-11-385 (D. 184); Concilio XVI de Cartago, año 418, can. 2, D. 102 (223); Inocencio III, ep. *Maiores Ecclesiae causas*, año 1201, D. 410 (780); Concilio de Florencia, bula *Laetentur coeli*, D. 693 (1306);

(50) Varias teorías que han pretendido justificar la salvación de los niños muertos sin bautismo han sido calificadas por la Santa Sede como *carentes de sólido fundamento* (*Monitum del Santo Oficio*, 18-II-1950).

(51) Inocencio III, ep. *Maiores ecclesiae causas*, año 1201, D. 410 (780);

(52) Cfr. Pío VI, bula *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, n. 26, D. 1526 (2626);



*cerán sólo lo que se ha llamado la pena de daño, la privación de la visión sobrenatural de Dios: decidme, hijas e hijos míos —escribe el Padre—, si no es éste un motivo suficiente para urgir, como lo hace la Iglesia, el bautismo de los recién nacidos*<sup>53</sup>.

Tan firmemente cree la Iglesia en la necesidad del bautismo para gozar de Dios que, defendiendo siempre el derecho de los padres a disponer de sus hijos según la ley natural, y prohibiendo bautizar a los niños cuando los padres se oponen, alaba sin embargo la conducta de quienes bautizan a esos mismos niños en peligro de muerte o en otras situaciones determinadas, porque les abren de este modo las puertas de la vida eterna<sup>54</sup>.

La vida cristiana, cuya plenitud quiere concedernos Dios gratuitamente, comienza en el momento mismo de recibir el bautismo. La invocación de Dios Uno y Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, otorga al agua una virtud sobrenatural que le hace capaz de borrar todos los pecados y de sembrar en el alma la semilla de una existencia nueva, la de los hijos de Dios. Con el sacramento del bautismo *nos ha ungido Dios con su unción, y también nos ha marcado con su sello, y ha puesto en nuestros corazones el Espíritu como prenda*<sup>55</sup> de los bienes que nos ha prometido: la visión beatífica, la felicidad eterna del Cielo.

Con las fuerzas que le da el bautismo, puede el hombre aspirar al fin sobrenatural fijado por Dios. Deber de cada cristiano, ayudado por la gracia, es llevar a término lo que el Señor ha comenzado. *Vosotros, pues, habéis de poner todo vuestro cuidado en juntar con vuestra fe la fortaleza, con la fortaleza la ciencia, con la ciencia la templanza, con la templanza la paciencia, con la paciencia la piedad, con la piedad el amor fraternal, con el amor fraterno la caridad. Porque si estas virtudes se hallan en vosotros y van creciendo más y más, no quedará estéril y sin fruto el conocimiento que tenéis de nuestro Señor Jesucristo*<sup>56</sup>.

(53) Carta *Fortes in fide*, 19-III-1967, n. 98;

(54) Cfr. Benedicto XIV, ep. *Postremo mense*, 28-II-1747, D. 1484 (2555);

(55) II *Cor.* 1, 21-22;

(56) II *Petr.* 1, 5-8.